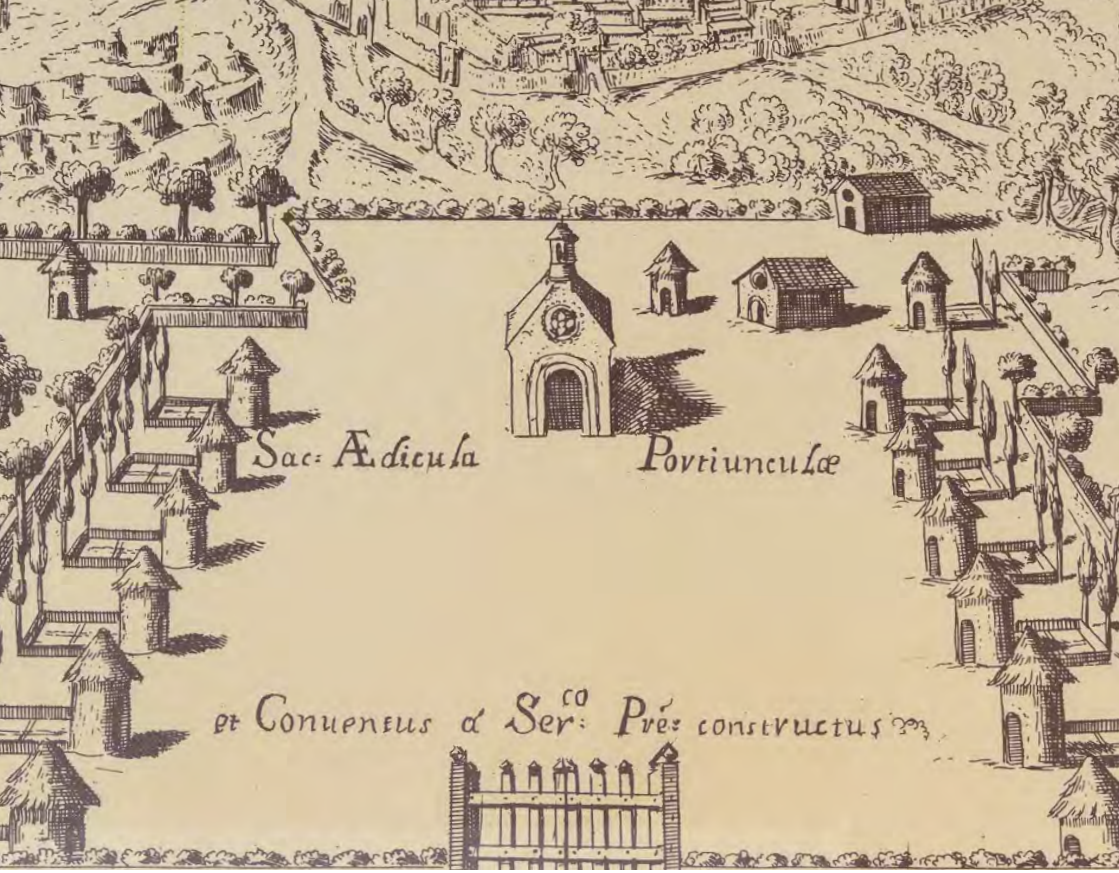

DOCUMENTO FINAL

CAPÍTULO INTERNACIONAL DE LAS ESTERAS

S. MARIA DEGLI ANGELI – **2025**

Documento final

Capítulo de las Esteras

INTRODUCCIÓN

En los días previos a Pentecostés, según una antiquísima costumbre que se remonta a Francisco de Asís, se celebró en Santa María de los Ángeles, junto a la Porciúncula, del 2 al 8 de junio de 2025, el Capítulo Internacional de las Esteras. Fue un acontecimiento profundamente deseado por el Ministro general y su Definitorio, quienes consideraron necesario emprender un camino sinodal que implicara a todos los miembros de la Familia Franciscana, con el fin de renovar proféticamente nuestro carisma común. Por ello, hermanos y hermanas de los cinco continentes se reunieron para celebrar este Capítulo, en el que todos pudieron encontrarse como iguales, en un intercambio fraterno sobre los temas esenciales de la vida franciscana. Celebramos la belleza del carisma franciscano que Dios ha dado a la Iglesia a través de Francisco y Clara de Asís, dando voz al Espíritu Santo, que desciende de Dios y se encarna con sus dones en las diversas lenguas y culturas del mundo (cf. Hch 2, 3-5).

Este Capítulo es un eslabón de un camino que comenzó hace algunos años, cuando se invitó a todos los frailes de la Orden a reunirse para escuchar a todos los miembros de la Familia Franciscana y a

quienes se sienten atraídos por nuestro carisma. Este proceso nos ha puesto en comunión con el camino sinodal que está recorriendo la Iglesia universal, ayudándonos a redescubrir su naturaleza intrínseca, es decir, un caminar juntos que implica la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios en la vida y misión de la Iglesia.

No es casualidad que este Capítulo haya concluido con la celebración de Pentecostés, ya que durante todos estos días nos ha animado el deseo de abrirnos a la acción del Espíritu Santo para escuchar la voz de Dios, discernir los signos de los tiempos, acoger el clamor de la humanidad que sufre y anhela la paz, y hacer nuestro el grito de "nuestra hermana y madre tierra". La metodología de trabajo que utilizamos nos ayudó a adoptar una actitud de escucha activa y a profundizar en los núcleos fundamentales propuestos por el *Instrumentum laboris*: renovar el carisma, vivir el Evangelio de la fraternidad y responder a la misión. Nuestro profundo deseo es que este Capítulo Internacional de las Esteras abra nuevos caminos para la misión compartida y nos ayude a encontrar formas renovadas de dar vida al Evangelio y hablar al corazón de los hombres y mujeres de hoy.

ENCARNAR EL CARISMA

Manifestaciones del Espíritu en nuestra vida cotidiana

1. "Hay diversidad de carismas, pero uno solo es el Espíritu" (1 Cor 12,4). La Palabra de Dios nos recuerda que la fuente de todos los dones es el Espíritu Santo, que desciende sobre los creyentes y transforma nuestra relación con Dios. Existe, por tanto, una prioridad que siempre debemos tener presente: el carisma nos precede, existe antes que nosotros y nos renueva desde el interior, convirtiéndose en el motor y la inspiración de nuestra vida cristiana y franciscana. Por esta particular característica, el Espíritu se encarna y se manifiesta en la totalidad de nuestra vida cotidiana, en sus diversas expresiones. Él

es el verdadero animador de nuestro carisma y de nuestra existencia: desde las relaciones con los demás hasta el vínculo con la creación, el medio ambiente, "nuestra hermana y madre tierra". La manifestación del Espíritu abarca, por tanto, cada aspecto de nuestra humanidad, tanto en los momentos de alegría como en las crisis personales y fraternas, que pueden convertirse en auténticas ocasiones de gracia.

2. En este sentido, el Espíritu Santo se revela precisamente donde somos débiles, frágiles, necesitados, vulnerables y limitados. Todo ello se convierte en una oportunidad y, al mismo tiempo, en una condición esencial para abrirnos a los demás mediante el perdón, la reconciliación y la misericordia. La fraternidad se convierte así en el espacio donde puede vivirse el cuidado mutuo, como lo haría una madre con su hijo (*sicut mater*), permitiéndonos pasar del "yo" al "nosotros", abrazar la riqueza de las diferencias y convertirnos en un testimonio profético para nuestro tiempo. Por eso, la fraternidad es un don que debe ser custodiado con esmero y alimentado día a día, para crecer en la confianza mutua, aprendiendo a entregarnos a nuestros hermanos, con nuestras dificultades, intuiciones y toda nuestra persona.

3. Para favorecer la acción del Espíritu en nosotros y en nuestras fraternidades, es necesario cultivar la relación con la Palabra de Dios y con la oración litúrgica comunitaria, como la Liturgia de las Horas, la celebración eucarística y la adoración, en un espíritu de minoridad y humildad. Asimismo, es fundamental educarnos para habitar el silencio, desacelerar el ritmo de nuestra vida y "ayunar" de las redes sociales que nos distraen. Solo así podremos estar más presentes los unos para los otros y vivir el encuentro con el hermano desde una dimensión de escucha activa. De este modo, alcanzaremos el equilibrio necesario entre la acción y la contemplación, y seremos capaces de reconocer los dones presentes en los miembros de la fraternidad, promoviendo las capacidades y talentos de cada uno.

4. Un lugar privilegiado para la acción del Espíritu es el proceso de discernimiento comunitario, en el que pueden reconocerse y forta-

lecerse los dones y los diversos ministerios, tanto de cada miembro de la fraternidad como de las religiosas y los laicos que comparten nuestro carisma (OFS, JuFra y otras personas que se inspiran a la espiritualidad franciscana). Profundizar en las raíces de nuestro carisma nos ayuda también a vivir una vida más auténticamente fraterna, capaz de cuestionar nuestro estilo de vida y de hacernos pasar de "maestros" a verdaderos discípulos de Cristo. Esta apertura a la acción creadora del Espíritu, que se manifiesta en el discernimiento y en el diálogo con Dios y con los hermanos, nos impulsa asimismo a revisar de forma creativa nuestras estructuras comunitarias, para que estén al servicio del carisma y no se conviertan en un obstáculo o una carga para nuestra misión.

El discernimiento fraterno para nuestro camino sinodal

5. El discernimiento encuentra su hogar natural en la fraternidad, llamada a ser el primer espacio donde se busca la voluntad de Dios. Es allí donde se viven las dinámicas de la escucha recíproca, se ponen a prueba las decisiones operativas y se construyen relaciones de confianza entre los distintos miembros y con todos aquellos hombres y mujeres de buena voluntad que colaboran con nosotros. Por ello, es fundamental que el discernimiento esté siempre vinculado a la vida cotidiana, de modo que pueda dar lugar a decisiones concretas con un impacto significativo en la realidad vivida.

6. La fraternidad cuenta con una serie de instrumentos consolidados que favorecen los procesos de discernimiento compartido: en primer lugar, el capítulo local y provincial, pero también los retiros, la oración comunitaria, la meditación compartida de la Palabra de Dios y los diversos encuentros que forman parte de la vida fraterna. En estos espacios aprendemos el valor de compartir y de vivir la comunión; experimentamos la sinodalidad que brota del espíritu fraterno y que, al mismo tiempo, nos ayuda a ser cada vez más her-

manos entre nosotros y con los demás. En este sentido, la sinodalidad no es un acontecimiento aislado, sino un proceso continuo de relación y corresponsabilidad, en el que los hermanos, aunque tengan opiniones diversas, se encuentran, dialogan y deciden en un clima de escucha y respeto mutuo.

7. El auténtico discernimiento nace y se fundamenta en la escucha. En primer lugar, en la escucha de Dios, ya que discernir significa, ante todo, buscar su voluntad. Con demasiada frecuencia, la oración queda relegada a un papel marginal en los procesos de discernimiento, limitada al inicio y al final de las reuniones. Sin embargo, debería impregnar todo el camino de búsqueda de la voluntad divina. Cuando se da prioridad al Evangelio, al silencio y a la oración, no solo como un rito preparatorio, sino como un verdadero momento de entrega personal, se crean las condiciones necesarias para que afloren también nuestras heridas, miedos y prejuicios. Sacar a la luz estas realidades favorece la sanación interior y la renovación de las relaciones fraternas.

8. La escucha mutua es igualmente esencial. Cuando es auténtica, exige una cierta renuncia a uno mismo y la capacidad de adoptar una actitud de humilde disponibilidad, expresión concreta de la minoridad. El diálogo no consiste únicamente en exponer nuestras opiniones o ideas; requiere también silencio interior y un corazón sereno, capaz de percibir la voz del Espíritu Santo en el encuentro con los demás. Solo el silencio permite que emerjan intuiciones que, en medio del bullicio de la discusión, corren el riesgo de pasar desapercibidas. Un elemento clave que se desprende de esta reflexión es la necesidad de evitar que, en el diálogo, prevalezcan voces "dominantes" que podrían silenciar aquellas voces más "débiles", pero no por ello menos valiosas.

9. El discernimiento fraterno debe evitar dos extremos: la prisa, que impide una reflexión profunda, y el aislamiento, que excluye las diversas formas de participación. Para enfrentar estos riesgos, el proceso sinodal propuesto por la Iglesia se presenta como un reme-

dio eficaz y un criterio fundamental para hacer del discernimiento una práctica más inclusiva y compartida, abriendo espacio a las voces más débiles y a las distintas realidades de la Familia Franciscana.

10. El método del discernimiento sinodal permite una auténtica escucha espiritual, que va más allá del simple intercambio de opiniones y alcanza las profundidades de la experiencia de fe. En particular, permite poner en cuestión las opiniones personales, lo que conduce a una visión más lúcida y verdadera de la realidad, fortaleciendo la confianza en quienes nos rodean y pueden enriquecer el proceso sinodal con su aporte.

11. El diálogo es otro elemento esencial en la dinámica del discernimiento fraterno. Una comunicación sana y genuina requiere sinceridad, apertura al intercambio y humildad para dialogar con quien es diferente de mí. Por ello, tanto la formación permanente como la inicial deben prestar especial atención a proporcionar herramientas que ayuden a madurar en esta dirección, para favorecer el diálogo tanto con las personas de afuera como también con las de nuestras fraternidades y comunidades, cada vez más marcadas por la internacionalidad, la diversidad cultural y generacional. Una herramienta especialmente valorada en algunas entidades es la presencia de un mediador externo que actúe como facilitador en los procesos más delicados, incluso durante la celebración de los capítulos provinciales.

Los jóvenes y nuestro carisma franciscano

12. Los miembros de la Familia Franciscana tenemos mucho que aprender de los jóvenes. Su compromiso con valores como la radicalidad de vida, la frescura de la fe, la creatividad, la flexibilidad, la espontaneidad y la pasión por la justicia y la ecología es un ejemplo luminoso para nosotros. Ellos son un don que recibimos y que rejuvenece nuestras fraternidades, pues trabajar con los jóvenes nos vuelve también a nosotros más jóvenes. Su presencia nos permite

mirar el mundo desde una nueva perspectiva, con menos prejuicios y menos apegos a estructuras antiguas y obsoletas.

13. Las características de nuestro carisma, como la alegría, la vida fraterna, la pasión y la confianza, siempre han captado la atención de los jóvenes. Les fascina la forma en que Francisco de Asís vivió su humanidad, amó a Jesús con autenticidad y acogió a los demás sin juzgarlos. Para ellos, el carisma franciscano resulta especialmente atractivo, sobre todo en lo que respecta al compromiso social, al cuidado de las relaciones interpersonales y al cuidado de la creación.

14. Los jóvenes de nuestro tiempo tienen sed de una vida auténtica y con sentido. En un nivel superficial, puede percibirse en ellos una gran preocupación provocada por la competencia y la constante comparación con sus coetáneos. Sin embargo, a un nivel más profundo, se descubre con facilidad una notable riqueza interior, el deseo de relaciones significativas y hambre de vita espiritual. Algunas regiones de la Orden cuentan con numerosos movimientos juveniles, como JuFra; otras, en cambio, experimentan un notable descenso en la participación juvenil, llegando en algunos casos a una ausencia casi total en la vida de las parroquias y comunidades. Todos los miembros del Capítulo de las Esteras nos comprometemos a promover una cultura vocacional en nuestra relación con los jóvenes y a dedicar mayor atención a la asistencia de la JuFra.

15. Algunos jóvenes se ven afligidos por múltiples ansiedades y heridas, como la incertidumbre en las relaciones, en el trabajo y en la vida familiar, dificultad para asumir compromisos a largo plazo, etc. Con frecuencia, experimentan una profunda soledad y una presión constante del mundo moderno que los impulsa a buscar oasis de paz, fe y esperanza: lugares donde se sientan acogidos y amados, y donde puedan sanar sus heridas interiores. Algunos muestran una preocupante rigidez y resistencia al cambio ante nuevas perspectivas, sin una adecuada capacidad crítica; otros, por su parte, manifie-

stan indiferencia o desconocimiento frente a los valores religiosos. Los jóvenes buscan adultos creyentes y creíbles en los cuales poder confiar.

16. La Familia Franciscana podría dedicar mayor energía a promover iniciativas regionales, nacionales e internacionales que involucren a los jóvenes, tales como la Jornada Mundial de la Juventud, las marchas franciscanas, las peregrinaciones, las misiones populares, actividades deportivas o musicales, y proyectos en favor de la justicia, la paz y el cuidado de la creación. Lo ideal sería que estas iniciativas, fueran planificadas y llevadas a cabo de manera corresponsable, contando con la participación activa de los propios jóvenes en su organización.

VIVIR EL EVANGELIO DE LA FRATERNIDAD

Prácticas y modelos formativos para vivir el carisma franciscano

17. "Maestro, ¿dónde vives? Él les respondió: "Venid y veréis" (Jn 1,39). La formación en el seguimiento de Cristo, según el carisma de Francisco, nace de una invitación a habitar la realidad y la vida concreta. Se presenta, por tanto, como un proceso integral que contempla el aspecto espiritual en estrecha conexión con los elementos concretos de la vida franciscana: las relaciones fraternas, la misión y la evangelización. La experiencia demuestra que la formación es verdaderamente transformadora cuando se encarna en la vida real y se desarrolla en medio del pueblo; es allí donde nuestras ideas y perspectivas se ven desafiadas, y donde crecemos en humanidad. En consecuencia, un buen proceso formativo se vive en lo cotidiano, buscando un equilibrio entre el tiempo dedicado al trabajo, a la actividad pastoral, la contemplación y la formación intelectual. Esta convicción nos permite alejarnos de modelos formativos excesivamente teóricos y abrazar la complejidad de la vida, la diversidad cultural y la fragilidad de la condición humana que caracterizan nuestro tiempo.

18. Entre las prácticas que fueron presentadas en las cuales experimentamos como el carisma nos transforma, están las de la oración personal y comunitaria, las cuales ayudan a realizar una síntesis de la propia experiencia vocacional, a centrarse en Cristo y a renovar la adhesión a Él; la corrección fraterna comunitaria vivida con caridad y humildad, que purifica el modo de estar con los hermanos y contribuye a superar rigideces y tensiones; el acompañamiento en la formación humana teniendo en cuenta las distintas edades de la vida, que es una ayuda para que los hermanos crezcan y acepten sus propias debilidades y flaquezas; la vida en pequeñas fraternidades insertas en la vida ordinaria y concreta de la gente pobre y sencilla, en las que se experimenta un clima de cercanía en las relaciones.

19. Otra experiencia en la que se viven los valores franciscanos de fraternidad y minoridad es el servicio en comunidades dedicadas al cuidado de los enfermos, la acogida de migrantes, la ayuda a los pobres, entre otros. Asimismo, vivir en contextos interculturales e interreligiosos, experimentando la acogida y el diálogo con personas y comunidades de otras religiones y confesiones cristianas, contribuye a que numerosos miembros de la Familia Franciscana puedan transformar su mirada sobre la diversidad y apreciar su riqueza.

20. En lo que respecta a la misión, el Capítulo sostiene que las experiencias de evangelización en medio del pueblo, con la participación conjunta de religiosos y laicos, son particularmente valiosas para fortalecer nuestra vocación. Se ha comprobado que dichas experiencias son transformativas, por lo que se solicita que se integren desde el inicio del itinerario formativo. Finalmente, las experiencias de compromiso con una ecología integral también sirven para redescubrir el amor por la tierra y por todas las criaturas, siguiendo el ejemplo de san Francisco.

21. A la luz de estos ejemplos, los modelos formativos que podrían iluminar la experiencia franciscana son aquellos que privilegian la vivencia y permiten pasar de la simple imitación a la transforma-

ción, dando lugar a procesos generativos. De ahí surge un modelo formativo de tipo doméstico-familiar, basado en la formación permanente, que posibilite vivir las relaciones de manera auténtica, compartiendo el trabajo cotidiano y favoreciendo tanto la escucha recíproca como los espacios fraternos. Estos espacios permiten la confrontación constructiva con la diversidad cultural y generacional, promoviendo así un estilo de vida inclusivo que acoja a todos. Por ello, resulta fundamental abordar el trabajo emocional personal como parte de una "formación del corazón", eventualmente con el apoyo de profesionales externos.

22. En este sentido, la formación de aquellos que se dedican a la formación y que ejercen el servicio de la autoridad es fundamental para garantizar una formación integral e inclusiva, orientada a educar en un liderazgo sano e implementar procesos de acompañamiento, discernimiento y evaluación. Los programas de formación permanente e inicial constituyen herramientas sumamente valiosas que inspiran y orientan nuestro camino hacia el futuro. Es necesario conocerlos, valorarlos y compartir sus contenidos con los hermanos, en un espíritu de reflexión común.

La colaboración y la comunión entre los miembros de la Familia Franciscana

23. El Capítulo de las Esteras reconoce que las experiencias de colaboración entre los miembros de la Familia Franciscana y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad son ocasiones valiosas a través de las cuales nuestro carisma encuentra nuevo vigor e impulso, brindándonos claves importantes para comprender la vida eclesial y nuestro compromiso en el mundo. Esta colaboración abarca numerosos ámbitos, como la vida de oración, la formación, la evangelización, el compromiso social y caritativo, la atención a migrantes, pobres y enfermos, la educación, la pastoral juvenil, el cuidado de la creación, así como el mundo de la comunicación y los medios de comunicación, entre otros.

24. Entre los participantes se destacó con fuerza la riqueza de los frutos generados por la celebración de los Centenarios Franciscanos y los Capítulos de las Esteras realizados en las distintas entidades y conferencias, con la participación activa y corresponsable de los miembros de la Familia Franciscana. Estas experiencias están favoreciendo la conformación progresiva de auténticas redes franciscanas que enriquecen nuestra vida y misión, y nos insertan en el camino sinodal que, como Iglesia universal, estamos llamados a recorrer.

25. Sin embargo, se considera necesario seguir creciendo en la conciencia de que todos somos hermanos y hermanas, valorando la presencia de la vida religiosa femenina y de los laicos. Es importante superar el clericalismo aún presente, que tiende a considerar a las religiosas y a los laicos como simples colaboradores de los frailes, a quienes se atribuye exclusivamente el poder de decisión. Por ello, al momento de trabajar juntos, es fundamental pasar de una mera colaboración a una verdadera corresponsabilidad, a partir de los miembros de la Familia Franciscana.

26. En algunas regiones se constata que los frailes encuentran dificultades considerables para acompañar a las comunidades de religiosas franciscanas, a la JuFra o a la OFS, debido al reducido número de frailes, a las grandes distancias y a otros factores logísticos. Sin embargo, también se verifica que, en algunos casos, parece existir una falta de interés real por parte de los propios frailes hacia el acompañamiento de estas realidades. Además, se señala que en algunos lugares no solo los frailes, sino también las hermanas tienden a dedicarse más a sus propios grupos juveniles que a la JuFra. Por tanto, el Capítulo de las Esteras reconoce la necesidad de un mayor apoyo a la OFS y la JuFra, por lo tanto, resulta fundamental que quienes sean llamados a acompañarlos pastoralmente reciban una formación adecuada, evitando la práctica de los nombramientos meramente formales para asegurar un acompañamiento auténtico, competente y fiel al carisma franciscano.

27. La vida franciscana es un camino de conversión que exige una formación permanente. Este itinerario, por su propia naturaleza, es comunitario; así, los franciscanos estamos llamados por vocación a contribuir al camino sinodal de la Iglesia. La formación en los principios y prácticas sinodales debe integrarse en todas las etapas de la formación permanente e inicial. Un ejemplo concreto ha sido el proceso de preparación de este Capítulo de las Esteras, que se ha convertido en una experiencia compartida de conversión sinodal, favoreciendo una colaboración más auténtica. Por ello, es fundamental que este modo de trabajar no solo se mantenga, sino que se profundice y se extienda a toda la Familia Franciscana.

Dimensión carismática de Justicia, Paz e Integridad de la Creación

28. El carisma franciscano está intrínsecamente ligado al trabajo por la justicia, la paz y la integridad de la creación (JPIC), que en la actualidad se revela como uno de los nuevos areópagos en el cual entrar en diálogo con el mundo, ya que dichos temas son distintivos de la presencia franciscana en muchas realidades. No se trata de una realidad opcional, sino de un elemento central de la vocación franciscana que involucra a todas las personas y toca la dignidad humana, ya que la defensa de la vida y de su valor desde la concepción hasta la muerte natural es su fundamento moral. La formación inicial y permanente de todos los franciscanos debería profundizar en los temas y metodologías de JPIC.

29. El compromiso franciscano con la justicia social se manifiesta concretamente en diversas iniciativas. La JPIC, de hecho, es una manera profética de expresar un núcleo auténtico de nuestro carisma. La Familia Franciscana expresa este compromiso de diferentes maneras en todo el mundo, acompañan los flujos migratorios, educando a jóvenes y adultos en la conciencia ecológica y fomentan la plantación de árboles, apoyando la agricultura sostenible, ayudando

a las familias afectadas por los desastres climáticos, en fin, estando en medio a tantas tensiones, intentando promover la paz y la igualdad entre todos los habitantes.

30. Los franciscanos también cuidan a las personas más vulnerables tanto a nivel físico como psíquico; de los marginados sociales, éticos, sexuales, políticos y religiosos; defienden la dignidad humana de las culturas indígenas; luchan contra el flagelo de la trata de seres humanos y caminan junto a los marginados. En todo el mundo son importantes las expresiones franciscanas de cercanía a las familias que han sufrido pérdidas por la violencia o la guerra, ayudándolas a reconstruir sus vidas y a seguir caminando en la fe, con especial atención a las mujeres y a todas aquellas víctimas de cualquier tipo de abuso, ofreciéndoles ayuda y ayudándoles a iniciar un camino de reconciliación.

31. El cuidado de la creación es parte integrante del carisma franciscano. Educar a todos en la sostenibilidad es fundamental para este compromiso, haciéndolos conscientes de los problemas del consumo, de los residuos y de la necesidad de un estilo de vida más responsable. Es necesario profundizar en el conocimiento de la ecología integral a la luz de la encíclica *Laudato si'*, para que podamos alcanzar una comprensión auténtica y transparente de estas cuestiones. El objetivo de este esfuerzo es una conversión espiritual y ecológica, acercándonos cada vez más a opciones sencillas pero significativas, como el uso de energías alternativas o la reducción del plástico. En este sentido, resulta deseable un compromiso cada vez mayor a nivel académico, para que los hermanos puedan formarse también mediante contribuciones científicas y trabajos de divulgación.

32. La preocupación por los emigrantes tiene su origen en San Francisco de Asís que nos llamó a ser peregrinos y extranjeros. Se trata, pues, de un tema central para los franciscanos en la actualidad, que se tiene que expresar en actos de ayuda concreta, de acompañamiento espiritual y de defensa de sus derechos. Sin embargo, el trabajo

con los migrantes no está exento de riesgos, ya que en muchos países son a menudo instrumentalizados.

RESPONDER A LA MISIÓN

Iglesia en salida y carisma franciscano

33. El mandato de Cristo: "Vayan por todo el mundo y anuncien el Evangelio a toda criatura" (Mc 16,15), constituye la razón última de la misión de la Iglesia y fundamenta su carácter de Iglesia en salida. A esto se suma la urgencia de nuestro tiempo que exige nuevas formas de evangelización y nuevos lenguajes para comunicar el Evangelio en un mundo globalizado. Nuestra misión se caracteriza por la autenticidad, la confianza en la divina Providencia y la valentía de arriesgarnos a darlo todo. Para ello, es necesario dejarnos interpelar por la injusticia, el sufrimiento y el clamor de los pobres y de la tierra. Como franciscanos, vivimos la misión como una acción de gratitud, devolviendo todo bien a Dios.

34. Una Iglesia en salida nace y crece en la relación con Dios y en la contemplación. La oración es un elemento fundamental en esta dinámica, pues mantiene vivo el vínculo con Dios y proporciona la fuerza necesaria para recorrer el camino misionero.

35. La evangelización en salida se concreta en múltiples experiencias que reflejan el carisma franciscano: la itinerancia, que es la primera expresión de salir de uno mismo y de las propias zonas de confort para encontrarse con el rostro concreto del otro, especialmente el de los pobres, enfermos, migrantes, heridos, excluidos, las minorías étnicas y todos aquellos alejados de Dios; la atención a las heridas físicas y morales de tantas personas en condiciones críticas y en contextos de riesgo (zonas de guerra, explotación, prostitución, narcotráfico); el diálogo intercultural e interreligioso, vivido a través de iniciativas de oración compartida; la promoción humana y el

trabajo de JPIC, que nos impulsa más allá de nuestras fronteras; la apertura de nuestras estructuras y casas para la acogida y la hospitalidad; las actividades misioneras; las pastorales ordinarias y la vida parroquial, que siguen siendo instrumentos válidos de evangelización y apertura al mundo, etc.

36. Una cuestión urgente es el anuncio del Evangelio a las nuevas generaciones. Para ser una Iglesia en salida, es necesario llegar a las personas allí donde viven y trabajan, en sus contextos, con una particular atención al mundo digital, demostrando flexibilidad y apertura, y evitando toda forma de categorización o discriminación. La acogida incondicional de todos y la hospitalidad son expresiones de una Iglesia en salida y también de nuestro carisma franciscano.

37. El anuncio del Evangelio puede realizarse asimismo mediante formas innovadoras, como el arte, la música, el teatro, o la presencia en espacios públicos no convencionales (parques, estaciones de trenes, etc.), para acercarse a quienes están alejados de la fe. Con este fin, se puede considerar la creación de fraternidades dedicadas exclusivamente a la predicación itinerante, con hermanos y hermanas libres de otros compromisos para prestar este servicio.

38. Entre los obstáculos para una Iglesia en salida se encuentran: el miedo al cambio, el apego a formas pastorales rígidas y cerradas, el apego a estructuras físicas (casas, conventos, escuelas, etc.), los prejuicios hacia nuevas formas de evangelización, así como los condicionamientos políticos o históricos, los escándalos morales, etc. Otro obstáculo importante es el clericalismo que contradice el espíritu franciscano de minoridad.

La misión compartida

39. El Capítulo de las Esteras reconoce que son muchas las experiencias de colaboración que nos han ayudado a vivir el carisma: misiones populares, pastoral juvenil y vocacional, compromiso con

los migrantes, servicio a los pobres, actividades educativas, pastoral parroquial y los proyectos en red de JPIC. A ellas se suman momentos comunes como los Capítulos de las Esteras, los Centenarios Franciscanos, las marchas franciscanas, las peregrinaciones y los espacios de oración y formación, que han fortalecido el espíritu de comunión. En todas estas actividades, la creación de equipos transversales, compuestos por frailes, laicos y religiosas, se revela como un signo profético que debe potenciarse.

40. La colaboración debe nacer del encuentro con el Señor Resucitado, corazón de la misión. La oración, motor de la acción, nos hace dóciles al Espíritu Santo, que actúa más allá de nuestros proyectos. En este contexto, las hermanas de vida contemplativa desempeñan un papel esencial: con su intercesión, sostienen la misión y nos ayudan a fijar la mirada en Dios, liberándonos de la tentación de medirlo todo en función de los resultados. Lo que realmente importa no son los éxitos pastorales, sino las personas que encontramos y la mutua transformación que surge de esos encuentros.

41. La misión compartida requiere amor fraterno, humildad, espíritu de pobreza, estima recíproca, aceptación de la diversidad, comunicación auténtica y paciencia. Todo ello debe sustentarse en un profundo sentido de pertenencia a la Familia Franciscana y en una formación específica, extendida a todos sus miembros. Sólo así la sinodalidad podrá convertirse en una práctica cotidiana, reflejo de la comunión trinitaria que inspira nuestro carisma.

42. Existen obstáculos en el camino hacia una colaboración cada vez más plena. El primero es una mentalidad clerical que considera a los frailes como los únicos custodios del carisma franciscano. Es urgente superar esta visión, así como el enfoque utilitarista que reduce el papel de los laicos y religiosas a un simple apoyo en actividades en las que los frailes no pueden comprometerse. Para lograr una verdadera corresponsabilidad, es necesaria la participación de todos los miembros de la Familia Franciscana en cada fase de los procesos,

incluyendo la toma de decisiones y la dirección. Algunas entidades de la Orden ya han dado pasos en esta dirección, experimentando con modelos de co-working y co-housing basados en una mentalidad sinodal y no jerárquica.

43. Para fomentar la misión compartida, es crucial replantear las actuales estructuras de promoción y organización de la misión y la evangelización, ya que algunos las consideran inadecuadas para afrontar los desafíos del presente. Por ello, es necesario abrirse a nuevas formas de evangelización que nos permitan habitar de manera renovada el mundo en el que vivimos.

Esperanza para nuestro camino fraterno

44. Los miembros del Capítulo de las Esteras sostienes que la mejor manera de afrontar los momentos de crisis y reavivar la común vocación franciscana es anclarnos firmemente en la oración y en la vida contemplativa. La Eucaristía, la Palabra de Dios y los momentos de oración, tanto individual como comunitaria, siguen siendo las piedras angulares sobre las que se asienta nuestra vocación. Espacios privilegiados como los períodos prolongados de silencio, los retiros, los ejercicios espirituales, la meditación de la Palabra de Dios y de las fuentes franciscanas, el sacramento de la Reconciliación, la dirección espiritual, entre otros, son ejemplos de cómo el tiempo consagrado a Dios puede renovarnos profundamente.

45. La vida cotidiana compartida y los pequeños gestos que expresan un amor concreto y fiel entre los miembros de la fraternidad son esenciales. Los espacios de fraternidad y convivencia, aunque breves, así como las comidas y las oraciones celebradas con alegría, pueden ser clave para que los hermanos experimenten una fraternidad que acompaña, cuida y protege. La celebración de los capítulos, el compartir fraterno y el reconocimiento de los dones de cada uno, pueden renovarnos y alimentar la esperanza en nuestro camino. También son valiosas las relaciones de amistad y los vínculos profundos con

otros miembros de la Familia Franciscana. Una fe madura depende, en parte, de nuestra capacidad de escuchar las opiniones de quienes nos aman y nos ayudan a sacar lo mejor de nosotros mismos. La humildad también es necesaria para afrontar las situaciones difíciles, ya sea porque necesitemos ofrecer o recibir una corrección fraterna, o exhortar a otros a vivir de manera más fiel y auténtica la vocación.

46. Quienes llevan la carga de la responsabilidad necesitan ser apoyados y recibir un cuidado fraterno que les permita una formación permanente orientada al desarrollo de sus propios dones. La formación para el servicio de la autoridad requiere integrar el desarrollo de habilidades prácticas de gestión con herramientas que favorezcan el diálogo fraterno. Las fraternidades sanas necesitan espacios para la escucha mutua y para compartir desde el corazón. Los responsables de animar la vida fraterna tienen el deber de impedir que algunas "voces dominantes" se impongan en las comunidades, agobiando y desmotivando al resto de los hermanos. Las heridas de algunos miembros de la fraternidad, si no reciben una ayuda oportuna, pueden convertirse en un verdadero obstáculo para la vida fraterna, impidiendo que la comunidad se relacione con apertura y lleve adelante su labor evangelizadora con alegría. Quienes ejercen el servicio de la autoridad pueden buscar el acompañamiento de facilitadores externos para afrontar situaciones de disfunción o parálisis, y así crear espacios fraternos de intercambio que contribuyan a la renovación de nuestra experiencia de fraternidad.

Para profundizar los temas presentados

1. El presente y el futuro de la vida religiosa franciscana requieren una profundización de nuestra comunión y colaboración con la familia franciscana. La colaboración podría implicar compartir espacios o partnership en diferentes actividades, integrando las habilidades y experiencias de los diferentes miembros de la familia franciscana. ¿Cómo podríamos imaginar la renovación de nuestro carisma profundizando nuestras relaciones y nuestra misión como familia franciscana? Esto podría tomar la forma de iniciativas de formación compartida, colaboración para promover la JuFra, o trabajar en JPIC de nuevas maneras. ¿Podríamos emprender una labor conjunta de acercamiento a los jóvenes?

2. Nuestro carisma franciscano puede ser compartido y profundizado desarrollando recursos comunes y emprendiendo iniciativas de colaboración y corresponsabilidad en la formación permanente e inicial. ¿Qué recursos podrían desarrollarse para la formación franciscana común en toda nuestra Familia? ¿Cómo podrían éstos responder a algunas de las necesidades identificadas que llevaron a los hermanos a discutir una nueva *ratio formationis*? ¿Podría enriquecerse de este modo la formación de los guardianes y formadores? ¿Podría esto favorecer nuestros esfuerzos por desclericalizar la Familia Franciscana?

3. La formación inicial y permanente de todos los franciscanos podría enriquecerse integrando más profundamente las preocupaciones, metodologías y experiencias de JPIC. Una mayor colaboración entre la oficina de JPIC de la Orden, la Secretaría General para la Formación y los Estudios y las otras oficinas, puede fortalecer esta dimensión de nuestro carisma.

4. El carisma franciscano se presta naturalmente al discernimiento compartido en el espíritu de la sinodalidad. Para que estos nuevos esfuerzos dentro de la familia franciscana tengan éxito, tendremos que profundizar nuestra práctica de escucha sinodal. ¿Cómo podemos profundizar y compartir la experiencia sinodal de este Capítulo dentro de la familia franciscana? ¿Cómo podemos aprovechar este momento sinodal dentro de nuestra Iglesia? ¿Cómo podemos contribuir a las iniciativas sinodales en toda nuestra Iglesia? ¿Cómo podemos ayudar a nuestros miembros a reconocer la conversión sinodal como formación permanente?

5. Para que esto tenga éxito, es necesario repensar las actuales estructuras relativas a la promoción y organización de la misión y evangelización franciscanas.

Esta puede ser una sugerencia para la Secretaría General para la Evangelización. La responsabilidad compartida entre religiosos y laicos puede ser un buen camino a seguir en este sentido. Sin embargo, es necesaria una seria reflexión sobre las estructuras actuales, así como un mayor esfuerzo para promover las experiencias positivas presentes en la Orden. Sugerimos que se cree una entidad que coordinara el movimiento franciscano en sus diversos componentes

INDEX

- DOCUMENTO FINAL
  Capítulo de las Esteras 3
- INTRODUCCIÓN 3
- Encarnar el carisma 4
- Vivir el Evangelio de la fraternidad 10
- Responder a la misión 16
- PARA PROFUNDIZAR LOS TEMAS PRESENTADOS 21

ORDO FRATRUM
MINORUM